
¿Por qué vino Jesús a la tierra?

¿Qué diría usted si, al caminar por una acera de su ciudad, se le acercara un periodista y le preguntara: «¿Cuál cree usted que ha sido, por sí solo, el evento más grandioso que ha ocurrido, desde el comienzo del mundo?»? ¿Qué le contestaría? ¿Qué acontecimiento ha sido tan trascendental que ha descollado sobre todos los demás eventos de la historia humana? Mi respuesta tendría que ver con la venida del Señor Jesús al mundo para ser nuestro Salvador.

El acontecimiento de mayor trascendencia de la historia de la humanidad, tiene que ser la vida de Jesús —la encarnación, el haberse hecho carne Jesús— el Hijo de Dios. Pablo escribió que aun cuando Jesús existió en forma de Dios, Él no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, teniéndole sin cuidado las consecuencias. Se «despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres» (Filipenses 2.7). Según Juan lo expresa: «[...] aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Juan 1.14).

Podríamos decir que *Cristo fue tan humano como si se hubiera despojado de toda divinidad, y tan divino como si se hubiera despojado de toda humanidad*. Jesús se identificó tan plenamente con el género humano, cuando se hizo hombre, que vino al mundo del mismo modo que todos los seres humanos lo hacen (Lucas 2.6), creció como todos los seres humanos crecen (Lucas 2.40), estuvo sujeto a todos los sufrimientos que los seres humanos tienen (Hebreos 5.8–9) y vivió en un cuerpo que podía ser afectado por la enfermedad, el deterioro y la muerte —un cuerpo, al que, incluso, los seres humanos le pudieron dar muerte en una cruz (Filipenses 2.8–9). Fue completamente hombre, siendo, de este modo, el Hijo del Hombre; sin embargo fue completamente divino, siendo, de este modo, el Hijo de Dios (Hebreos 2.14, 17–18). Él fue la perfecta unión de lo humano con lo divino, en una sola personalidad. Llegó a ser hombre sin sacrificar Su deidad; siguió siendo divino, aun cuando llegó a ser como nosotros.

La naturaleza de la venida de Jesús a la Tierra plantea ciertas preguntas de vital importancia: ¿Por qué vino Jesús en la forma como lo hizo? ¿Cuál fue el propósito que tuvo al formar parte del género humano, al vivir entre nosotros y al morir en una cruz? ¿Por qué se rebajó Jesús, al punto de llegar a ser totalmente hombre? Las respuestas a estas preguntas se pueden resumir en una sola oración: «Él vino a llamar a salir de entre todos los pueblos — mediante Su ministerio, muerte y resurrección — a un pueblo para Su nombre, al cual llamaría Su iglesia» (Marcos 10.45; Lucas 19.10).

En otras palabras, el resultado de Su visita a esta tierra es la iglesia. Jesús no escribió un libro, ni fundó una universidad, ni formó una familia física. La única realidad tangible que Su ministerio terrenal produjo, fue la iglesia. El único cuerpo que Jesús dijo que edificaría, fue un cuerpo espiritual, al cual llamó «la

iglesia» (Mateo 16.18). El único fundamento que Jesús puso durante Su ministerio, fue el fundamento sobre el cual se edificaría la iglesia. De allí que se pueda decir que la iglesia es *la única creación* de la venida de Cristo a la tierra.

LO AFIRMAN LOS EVANGELIOS

Los evangelios afirman sólidamente esta verdad. Cada uno de los evangelios apunta y señala un camino que lleva a la iglesia, el reino de los cielos, el cual Jesús establecería el primer día de Pentecostés posterior a Su muerte y resurrección.

Cuando uno estudia la vida de Cristo en los evangelios, se queda admirado de tres aspectos que surgen de Su ministerio: 1) La misión que se propuso cumplir, 2) la naturaleza preparatoria de Su obra, y 3) La forma como Su obra debía continuar.

En primer lugar, los evangelios señalan que Jesús no se propuso evangelizar el mundo durante Su ministerio personal. Después de escoger a Sus apóstoles, no les dio a éstos una comisión especial de evangelizar todo el mundo, mediante su predicación; más bien, les aplacó su celo diciéndoles: «Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10.5b-6). Nos sorprende que, durante Su ministerio, Jesús se circunscribiera a Palestina. Jamás salió a los países vecinos del mundo romano. Cumplió Su misión, mediante la predicación y enseñanza de Su mensaje en una región bastante reducida del mundo. Si Jesús se hubiera propuesto evangelizar al mundo durante Su ministerio personal, Él se habría desenvuelto de un modo totalmente diferente, empleando distintos métodos y estrategias de amplia cobertura.

En segundo lugar, los evangelios señalan que la vida, obra y muerte de Jesús, fueron de carácter preparatorio para algo

que vendría después. Jesús predicó: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 4.17b). En el Sermón del monte, les enseñó a Sus discípulos a orar así: «Venga tu reino» (Mateo 6.10a). Jesús se preocupó por que las multitudes no fueran impresionadas por Sus milagros y que, como reacción a éstos, se manifestaran por la causa de hacerlo rey terrenal de ellos. No permitió que las multitudes le definieran Sus planes o Su agenda. Cuando hacía un milagro, a veces le pedía al beneficiado que no lo dijera «a nadie» (Mateo 8.4).¹ Escogió a doce apóstoles y los preparó personalmente; pero es obvio que los preparó para la obra que harían después de Su partida (Juan 14.19).

En tercer lugar, según los evangelios lo presentan, el ministerio terrenal de Jesús pareciera haber quedado inconcluso. Jesús hizo lo que el Padre le envió a hacer; pero al final de Su vida sobre la tierra, preparó a los doce para que esperaran otros eventos y revelaciones después de Su ascensión. Jesús les dijo a los apóstoles: «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14.26). También les dijo: «Pero cuando venga el Espíritu de

¹ Vea también: Mateo 9.30; 12.16; 17.9; Marcos 1.44; 3.12; 5.43; 7.36; 8.30; 9.9; Lucas 4.41; 8.56; 9.21. J.W. McGarvey escribió, refiriéndose al extraño mandamiento de no decirle «a nadie», lo siguiente: «Se explica por la necesidad de guardarse de un excesivo entusiasmo en el pueblo, el cual podía provocar la intervención de las autoridades militares, y que podía haber hecho que el pueblo perdiera la capacidad de reflexionar tranquilamente sobre las enseñanzas de Jesús. (Vea también Marcos 1.45.) A veces, cuando la ocasión lo exigía, Jesús actuaba de modo contrario, y mandaba a los hombres a ir y a decir lo que Él había hecho por ellos» (J.W. McGarvey, *The New Testament Commentary: Mathew and Mark* [Comentario del Nuevo Testamento: Mateo y Marcos] [N.p., 1875; reimpresión, Delight, Ark.: Gospel Light Publishing Co., n.d.], 75).

verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir» (Juan 16.13). Después de la resurrección y justo antes de la Ascensión, Jesús les mandó a Sus apóstoles esperar en Jerusalén hasta que recibieran poder de lo alto. Después de recibir poder, ellos debían predicar el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén (Lucas 24.46–49).

Estas características del ministerio de nuestro Señor antes y después de Su muerte, establecen de modo convincente que Su ministerio sobre la tierra tuvo como fin reunir las condiciones necesarias para el establecimiento de Su reino, la iglesia. En Mateo 16.18, Jesús les anunció a Sus discípulos el peso de Su obra terrenal: «Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». *Así, Jesús no vino a predicar el evangelio; vino para que hubiera un evangelio que predicar.*

El famoso escultor Gutzon Borglum, que esculpió el extraordinario monumento de la roca del monte Rushmore, en South Dakota, también esculpió una cabeza de Abraham Lincoln para el Capitolio en Washington, D.C. La esculpió en un bloque de mármol en su estudio. Se dice que cuando la mujer que venía cada mañana a limpiar su estudio, vio por primera vez la escultura que parecía tener vida, se quedó estupefacta por un momento, y preguntó: «¿Cómo sabía él que Lincoln estaba encerrado en ese bloque de piedra?». La respuesta a su pregunta fue que Borglum podía ver lo que otros no podían. Tenía el ojo de un artista, la percepción de un escultor. Podía ver el rostro en el bloque, antes de que sus diestras manos y mente visionaria lo hicieran salir.

Con la ayuda de los evangelios, podemos ver lo que Jesús vio durante Su ministerio terrenal. Aprisionados

en Su ministerio estaban la visión del reino y los preparativos que se imponían para la llegada de éste. Predicó sobre el reino, hizo preparativos para él y lo compró con Su sangre.

LO CONFIRMA HECHOS

Hechos confirma que el ministerio, muerte y resurrección de Jesús tuvieron como propósito orientador la creación de la iglesia, el hacer que viniera el reino. Los evangelios anuncian abiertamente la verdad, y Hechos confirma el cumplimiento del anuncio mediante imágenes de vivos colores.

Diez días después de la ascensión de nuestro Señor, el Espíritu Santo fue dado milagrosamente a los apóstoles el día de Pentecostés (Hechos 2.1-4); se predicó, por primera vez, la muerte, sepultura y resurrección de Jesús; se invitó a los oyentes a responder a este evangelio mediante la fe, el arrepentimiento y el bautismo para el perdón de los pecados (Hechos 2.38; Lucas 24.46-47) y como tres mil aceptaron la invitación, recibiendo la Palabra que se predicó, y bautizándose (Hechos 2.41). Por lo tanto, con la misma seguridad que la noche sucede al día, el nacimiento de la iglesia de nuestro Señor sucedió al ministerio de Jesús.

El resto de la historia de Hechos es la historia de la propagación de la iglesia, como una llama de amor que sale de Jerusalén y Samaria, y va más allá, hasta llegar a las demás regiones del Imperio Romano. En todas y cada una de las ocasiones que se predicó el mensaje inspirado en Hechos, los oyentes respondieron formando parte de la iglesia mediante la obediencia a la palabra predicada. Cada vez que un viaje misionero se llevó a cabo en Hechos, ello dio como resultado que se establecieran iglesias en nuevas regiones del mundo. Los tres viajes misioneros de Pablo que se narran en Hechos, plantaron iglesias por todo el mundo, desde

Jerusalén hasta Ilírico (Romanos 15.19). Nadie puede leer Hechos, sin llegar una y otra vez a la inevitable conclusión de que la iglesia es el resultado de la venida de Cristo a la tierra.

Una vez oí a un predicador decir: «Debemos emplear los mismos métodos que Jesús empleó, en nuestra tarea de evangelizar el mundo. Reunamos a doce hombres a nuestro alrededor y preparemos a éstos para la obra que llevarán a cabo más adelante. Jesús nos muestra cómo evangelizar al mundo, mediante el método que Él usó». Es cierto que Jesús mostró perfección en todo lo que hizo. No obstante, un estudio concienzudo de Su ministerio revela que Su misión durante ese tiempo no tuvo como objetivo evangelizar el mundo. Su objetivo fue poner el fundamento para la iglesia; reunir los componentes del anteproyecto para la evangelización del mundo. En la manera como abordó Su obra, empleó métodos y medios adecuados al cumplimiento de Su singular misión; una misión que fue diferente de la que les ha encargado a Sus seguidores de evangelizar la totalidad del mundo.

De conformidad con lo anterior, no vemos en Hechos que los apóstoles, ni otros hombres inspirados, emplearan los mismos métodos que nuestro Señor empleó. No se observa que reunieran alrededor de sí a doce hombres para prepararlos tal como nuestro Señor lo hizo, imitando de tal manera Su metodología. A través de su predicación y enseñanza, los apóstoles y otros hombres inspirados hicieron que las personas formaran parte de la iglesia; estos nuevos cristianos eran luego nutridos, instruidos, alentados y enseñados para el servicio y el evangelismo *por la iglesia y siendo parte de la iglesia*. En Hechos se nos muestra la vida de la iglesia como el resultado del ministerio terrenal de Jesús. La vida de Cristo constituye el 48 por ciento del Nuevo Testamento; el 52 por ciento restante lo constituye

lo que la vida, la muerte y la resurrección de Cristo produjeron: la iglesia.

LO REAFIRMAN LAS EPÍSTOLAS

Las epístolas neotestamentarias hacen hincapié en la aplicación de una verdad, y ésta es que la iglesia constituye la realización de la vida terrenal y muerte de Cristo. Los evangelios afirman esta verdad, Hechos la amplifica, y las epístolas la aplican. Las epístolas nos muestran cómo responder a la vida de Cristo, siendo Su cuerpo espiritual.

Las epístolas fueron escritas a personas que habían elegido venir a Cristo por medio de la fe y la obediencia. Vivieron en un tiempo cuando el efecto de la vida, muerte y resurrección de Cristo todavía era el centro de atención. La idea central que emana del mensaje de los hombres inspirados, era que la manera de honrar a Cristo como Señor, y de responder apropiadamente al hecho de que estuvo en forma humana entre nosotros, es llegando a ser Su iglesia y continuar siendo esa iglesia.

En todas las epístolas se insta a los seguidores de Cristo a vivir y a servir como cuerpo espiritual de Él. Cuando las epístolas son recogidas en un solo tomo, ellas constituyen un verdadero «manual de gobierno», sobre cómo vivir siendo la iglesia de Cristo, bajo toda clase de circunstancias, y en diferentes lugares. Nos enseñan cómo aplicar el ministerio terrenal de Cristo a nuestras vidas.

Nos sometemos a Jesús como Señor por medio de formar parte de Su cuerpo mediante la fe que lleva a la obediencia. Pablo asemejó la acción final de esta respuesta de fe, a un revestirse de Cristo (Gálatas 3.27). Según lo expresado en las epístolas, uno no se ha sometido a Cristo, mientras no haya entrado en Su cuerpo por medio del bautismo para salvación que ha sido precedido de la fe, el arrepentimiento y la confesión de Jesús como

Hijo de Dios.

Honramos la vida, la muerte y la resurrección de Jesús por medio de vivir y adorar juntos como la familia de Dios en Su cuerpo espiritual, la iglesia. Pablo dijo:

Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Gálatas 3.28).

Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros (Romanos 12.4–5).

[...] para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular (1 Corintios 12.25–27).

El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba, [...] (Hechos 20.7).

Cuando no somos capaces de vivir y adorar como la familia de Dios, como la iglesia de Cristo, le estamos restando valor a la misión que Cristo vino a cumplir, y estropeando lo que Él estableció por medio de Su muerte.

Jesús nos ha llamado a ser Su cuerpo, Su iglesia. No hay, en las epístolas, una sola descripción de una iglesia formada por Su pueblo, que no sea la iglesia de Cristo. Según las epístolas, Jesús creó solamente un camino para seguirlo, para servirlo y para recibir Su sangre y la salvación que Él provee. Ese camino se anda cuando se vive fielmente en este mundo siendo Su cuerpo espiritual.

Una niña de corta edad encontró una Biblia en una

esquina de su casa. La recogió, y sosteniéndola en alto, le preguntó a su madre: «¿Qué libro es éste, madre?». Su madre respondió: «Ese es el libro de Dios, la Biblia». La niña, con una perspicacia penetrante, recomendó: «¿Por qué no se lo devolvemos, ya que nunca lo usamos?».

Lo cierto es que podemos leerla y *todavía no usarla verdaderamente*. Podemos citar la Biblia en toda conversación, leerla todos los días, y aún así *no atinar a aplicarla*. Para una auténtica aplicación de la Biblia, es necesario seguirla en la práctica de ser la iglesia de Cristo. No es sino hasta que seamos lo que la Biblia nos enseña a ser, que estaremos haciendo un uso correcto y apropiado de ella.

CONCLUSIÓN

La totalidad del Nuevo Testamento, enseña ciertamente que la iglesia, el cuerpo espiritual de Cristo, es la creación que resultó de la misión que Cristo cumplió al hacerse hombre. Los evangelios lo afirman al prometerlo, Hechos lo confirma, al describir el cumplimiento de ello, y las epístolas lo reafirman, al aplicarlo de modo práctico a la vida.

Puesto que el Nuevo Testamento dice que la única manera de responder a Aquel que vivió, murió y resucitó de entre los muertos para nuestra salvación, es formando parte de Su iglesia y viviendo fielmente como miembros de ella, la pregunta que se plantea es esta: «¿Vive usted siendo Su cuerpo?». ¡Qué gran error sería llegar al final de la vida de uno y descubrir que se perdió completamente del verdadero propósito de ella! Tal vez haya otro error más triste: perderse el propósito por el cual el Hijo de Dios vino a esta tierra. Tan ciertamente como el Nuevo Testamento nos da el bendito mensaje de Dios de salvación, tan ciertamente como Cristo vino a esta tierra en forma humana, todo aquel que no entre en Su cuerpo descubrirá, al final de su vida, que se perdió

la razón por la que Cristo vino a esta tierra. *¡Esta conclusión es la enseñanza fundamental de la totalidad del Nuevo Testamento!*

Cuando Cristo llegó al final de Su breve vida aquí, Él pudo decir: «Padre he hecho lo que me pediste que hiciera. He cumplido la misión que me encargaste». Es mejor vivir unos pocos años en esta tierra, formando parte del círculo de la voluntad de Dios, cumpliendo Sus propósitos, que vivir una larga vida en un palacio, al frente de un reino de egoístas aspiraciones. Al final de la vida, montones de gente sólo atinan a decir: «Dios, he terminado de vivir los días que me diste sobre esta tierra, y solamente hice lo que yo deseé. Me propuse cumplir la misión que yo elegí para mí mismo».

Ojalá que cuando lleguemos al final de nuestras vidas, podamos decir: «Señor, descubrí en las Escrituras lo que Tú quisiste que yo fuera e hiciera, y me entregué al cumplimiento de esa misión. Traté sinceramente de glorificarte en la tierra, y procuré vivir el plan que me diste. He vivido siendo la iglesia de Cristo».

PREGUNTAS DE ESTUDIO

(respuestas en la página 262)

1. ¿Cuál es el evento de mayor trascendencia de la historia de la humanidad? Dé una razón para su respuesta.
2. ¿Fue Jesús completamente humano, o sólo lo fue parcialmente?
3. ¿Fue Jesús completamente divino, o sólo lo fue parcialmente?
4. ¿Para qué vino Jesús a la tierra? ¿Cuál fue ese único objetivo que vino a cumplir?
5. Muestre cómo el ministerio de Jesús fue una preparación para algo que vendría después.
6. ¿Cuál es la función que cumplen las epístolas del Nuevo Testamento?
7. ¿Podemos responder apropiadamente a la vida de Jesús, sin ser miembros de Su iglesia?
8. ¿Podemos cumplir la misión que Jesús nos ha encargado

en el mundo no viviendo como Su iglesia?

GLOSARIO

- añadido a la iglesia** —El que es hecho parte del pueblo obediente de Dios. Todos los que obedecen a las condiciones establecidas por Jesús en la gran comisión, son añadidos por Dios al cuerpo de los salvos (Hechos 2.41, 47).
- encarnación** —La manifestación del Hijo de Dios mediante un cuerpo humano; el acto por el cual Jesús vino a la tierra a vivir como un ser humano.
- epístola** —Una carta. Muchos de los libros del Nuevo Testamento (de Romanos a Apocalipsis) fueron cartas dirigidas a cristianos.
- evangelismo** —La práctica de hacer partícipes a otros del evangelio. A Timoteo, por ejemplo, se le dijo que hiciera obra de evangelista en 2 Timoteo 4.5.
- gentil** —Una persona no judía.
- iglesia de Cristo** —Se refiere, no a un edificio, sino, al grupo de los que han obedecido al evangelio y han sido añadidos a la iglesia (tal como en Hechos 2.36–47).
- judío** —De la raza de los judíos, o israelitas; uno que desciende de Abraham a través de Jacob.
- justicia** —Característica del que está libre de culpa o de pecado. En vista de que es imposible para el hombre alcanzar este estado por sí mismo, el ser «justo» da a entender el proceso mediante el cual se recibe el perdón de Dios, se llega a estar justificado, limpio de todo pecado, delante de Dios. El cristiano despliega esta justa relación con Dios cuando vive diariamente según los dictados de Su Palabra.
- preexistencia** —El hecho de haber vivido antes de que el mundo fuese creado. Esta es una característica exclusiva de la Deidad (Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu). Jesús existió antes de que se hiciese hombre. Es un ser eterno, el cual siempre ha sido, siempre es, y siempre será. (Vea Juan 1.1–11.)
- reino de Dios** —El reinado y gobierno de Jesús en el corazón y la vida de los hombres.